

13 de marzo de 1967

Presidente de la República

Carlos Lleras Restrepo

Alocución a propósito de los terremotos de Huila, Tolima y Cauca.

Amigas y amigos:

Ahora más que nunca me parece indispensable informar a los colombianos sobre la gestión del gobierno. Son tantos y tan graves los problemas a los cuales éste tiene que hacer frente que no sobra pedir a mis compatriotas que tengan un poco de paciencia, que nos disculpen si todas las cosas no se pueden resolver con la celeridad y perfección que nosotros deseariamos.

En efecto, como dije en alguna charla anterior, el país no ha estado ciertamente de buenas en estos meses. Han llovido sobre nosotros muchas calamidades y tengo que decir a ustedes que, por ejemplo, de mi visita al Huila, región que fue la más duramente azotada por los terremotos, traje una impresión muy dolorosa. Por ello deseo aprovechar la conversación de hoy para pedir a los colombianos vehementemente, como lo hice en el caso de Quibdó, que muestren su solidaridad con el Huila, con las poblaciones del Tolima que fueron también afectadas por el terremoto y con las del Cauca, que, aunque lo fueron en menor grado, sufrieron también daños de importancia.

Visité muchos de los pueblos y de las ciudades del Huila y la magnitud de los daños que allí causó el terremoto es realmente extraordinaria y va a significar una carga dura para el fisco nacional y para los particulares afectados. Porque no se puede juzgar con respecto al valor de lo que hay que hacer allí, únicamente tomando en cuenta lo que valían las edificaciones que se derrumbaron o que hay que demoler porque quedaron inservibles. En realidad me preguntaba yo, por ejemplo, en el caso de un colegio en Pitalito, qué podía valer el tramo de aquel colegio que quedó afectado con el terremoto.

No mucho, ciertamente. Era una edificación antigua, vetusta; pero allí estaba funcionando el colegio. Ahora hay que construirlo de nuevo. Tenemos que juz-

gar por consiguiente de la magnitud del esfuerzo a realizar, no por lo que las cosas valían sino por lo que pudiéramos llamar el costo de reposición de ellas, que es muy grande. A esto se suma el hecho de que los daños hayan afectado poblaciones y casas dispersas en una vasta extensión, lo cual hace muy difíciles los trabajos de reconstrucción.

Yo sé que es legítima la impaciencia; pero hay que darse cuenta de la escasez de los medios de que podemos disponer. Por ejemplo, para hablar de un solo renglón, hay que proceder a la demolición de 14 templos. No se dispone de maquinaria adecuada para ello, de los altos andamiajes que permiten derrumbar las altas torres con relativa seguridad. Cada demolición representa un riesgo para las personas que en ella deben intervenir.

Naturalmente, hay que reponer también los colegios, las casas de habitación y los hospitales afectados y eso no puede hacerse sin una revisión por los ingenieros y sin planos. Quienes creen que de la noche a la mañana podemos emprender obras, se equivocan. Ha sido necesario que los expertos visiten las edificaciones y nos digan cuáles pueden conservarse y cuáles necesitan ser demolidas; estudiar con qué tipo de obra se va a reemplazar lo que quedó afectado y también hay que allegar los recursos. Eso lo estamos haciendo en la medida de las disponibilidades.

Se han abierto facilidades de crédito, se han hecho apropiaciones presupuestales y ruego a los departamentos que no han sido víctimas de esta catástrofe que sacrifiquen algo de sus aspiraciones para que podamos concentrar los recursos en los departamentos que han sufrido los estragos de los incendios, de las inundaciones, de los terremotos, sobre todo en aquellos departamentos más pobres.

Brotes de violencia

Pero esto no es lo más doloroso que tengo que decir esta noche al país. Porque a las calamidades descritas se ha venido a sumar, como causa de dolor para los colombianos, la obra nefasta de algunas gentes. Sabíamos desde hace meses que se preparaba un resurgimiento de la violencia. Jamás fueron totalmente extirpadas las bandas que merodeaban en algunos departamentos ni las raíces de la organización subversiva que por años ha venido montando su maquinaria en el país.

Esas bandas habían tenido descalabros por la acción denodada de las fuerzas del ejército y de la policía, pero siempre encontraron la manera de reclutar nuevas gentes y la maquinaria que prepara la subversión, que entrena a sus afiliados, que les da instrucciones sobre la manera de operar, estaba intacta.

Supimos oportunamente que se habían celebrado reuniones entre los jefes de algunas de esas bandas para unificar su acción y luego que se adelantaban otras, gestiones para limar las diferencias existentes entre los distintos matices de los movimientos subversivos; entre la llamada FARC que ha venido operando en la cordillera central y en la cordillera oriental sobre los departamentos del Huila y el Tolima, y el llamado Ejército de Liberación que ha venido operando en algunas regiones del departamento de Santander y al cual debemos atribuir los dos últimos sangrientos golpes que se han registrado en esta sección del país.

Sabíamos, pues, que estábamos viviendo una calma aparente. Se había alertado a las unidades armadas; pero todo el mundo puede entender con facilidad cuán difícil es cuidar la vasta extensión del territorio nacional. Siempre existe una ventaja para quien puede escoger el momento y el lugar del ataque. Veníamos siguiendo también la actividad de los agentes de la subversión que van tejiendo su vasta red desde el exterior y en el interior del país. Y se habían realizado algunas capturas de importancia, suficientes para obtener pruebas acerca de la manera como se venía operando. De repente se han sucedido en el espacio de unas pocas semanas tres golpes sangrientos, tres emboscadas criminales y bárbaras contra las fuerzas armadas de la república.

Quiero llamar la atención del país al respecto. No deseo que el país se insensibilice ante la pérdida de los pobres muchachos campesinos que caen muertos o heridos cuando están cumpliendo con su deber de velar por la tranquilidad de las gentes y que son víctimas de emboscadas cobardes; ni deseo que se puedan atribuir características heroicas a los bandidos que los atacan casi sin correr riesgos, porque operan buscando el máximo de seguridad en sus golpes.

Ahora, cuando hemos resuelto proceder duramente para reducir a la impotencia toda esa maquinaria de subversión, quisiera decir a los colombianos que no se sientan muy tentados a compadecer a los que tengamos que detener y reducir a la impotencia y que no nos vayan a salir con sensiblerías cuando por virtud de una equivocación judicial o cualquiera otra causa se detenga por unas horas a una persona que en definitiva resulte inocente.

Esas equivocaciones son inevitables. No se puede aspirar a que en movimientos tan vastos no se cometan errores, pero esos errores no tienen consecuencias. Unas pocas horas de detención pueden ser desagradables; pero no tienen el mismo alcance de la muerte. A quienes se sientan demasiado tentados a creer que deben compadecer a los subversivos que son hoy objeto de detención, les ruego que miren las fotografías de los cadáveres ultimados en los vagones del tren que fue dinamitado en Santander y las de las esposas o de las hijas de los pobres agentes de policía que allí cayeron asesinados.

La muerte de esos hijos de Colombia y el sufrimiento de sus familiares, son, esas sí, cosas irremediables. No puede corromperse el criterio público hasta el punto de pensar que son más respetables, más dignos de garantías, quienes desde la sombra traman el asesinato y asaltan a las fuerzas armadas en oscuras emboscadas, que los servidores de la república, que los hijos del pueblo que son víctimas de esos golpes criminales.

Personalmente tengo tanta confianza en el poder de la razón, en el atractivo de la libertad para el hombre, que no vaciló en dar la máxima libertad a quienes piensan de manera distinta a como pienso yo para que enfrenten sus ideas a las que yo defiendo. Deposito mi confianza, repito, en el poder de la razón. De otra manera no podría llamarle liberal. Pero cuando ya no se trata de una controversia ideológica; cuando ya determinadas personas no se someten a las reglas del juego democrático y no quieren hacer política dentro de la Constitución sino apelando a la violencia, el Estado tiene la obligación de defender la ley y la paz empleando la fuerza sin vacilación.

Por timidez no podemos dejar que siga avanzando esta sorda maniobra que va minando los cimientos de la sociedad; no debemos dejar que se siga preparando ante nuestros ojos, sin obstáculo alguno, al amparo de todas las garantías constitucionales y, a veces, de cierta complacencia en sectores de la opinión, una maniobra revolucionaria que tiene las manifestaciones crueles y criminales que está teniendo la acción de los grupos subversivos en el país. Hemos querido hacer en lo interno y en lo internacional una política de la mayor amplitud, como les consta a todos los colombianos.

En lo internacional, hemos dicho que las diferencias de regímenes políticos y económicos no deben ser un obstáculo para que mantengamos relaciones con todos los pueblos del mundo, para que tratemos de mantener no solo un intercambio comercial sino un intercambio cultural, que abra las puertas para el mutuo conocimiento, siempre que exista también mutuo respeto y cada país se abstenga de intervenir en los problemas internos del otro, o de fomentar el desorden y la subversión.

Y en lo interno, ¿qué estamos proponiéndoles a los colombianos? Un cambio social fundado en la justicia; en el perfeccionamiento de la reforma agraria; una política enderezada a frenar la inflación para defender el valor real de los salarios, a multiplicar la campaña por la vivienda, a integrar las capas marginales de la población en la vida económica y cultural del país. Es una política amplia y justiciera.

A eso se responde con la violencia, con la decisión de ir creando todos los días un nuevo foco de perturbación y amenaza para la paz. Y esto es muy grave. Ya sería de por sí grave, si midiéramos esos hechos por la cantidad de víctimas, por los soldados y policías muertos o heridos y por los sufrimientos y trabajos que pasan los guardianes del orden, al vigilar las vastas extensiones selváticas de las cordilleras, los llanos límites a dónde corren a refugiarse las bandas. Pero no se trata solo de eso: también la vigilancia de la paz contra esos atentados le está imponiendo a la república un desangre económico de una magnitud enorme, le está restando recursos que pudieran ser invertidos con fecundidad en remediar algunas de las innumerables necesidades del pueblo colombiano, a fines de la semana antepasada visité el departamento de Nariño. Me conmovió el fervor popular, la fe popular en la acción del gobierno.

Me conmovió también la presentación del sin número de necesidades que tiene esa región. Cada vez que se me mostraba una de esas necesidades, que se me entregaba un pliego descriptivo de lo mucho que en cada municipio se necesita, de los colegios que no se han terminado, de aquellas obras sociales que están a punto de cerrarse por carecer de medios económicos, de las carreteras sin terminar, de las redes eléctricas atrasadas y de las cuales va a depender el futuro progreso del departamento, yo calculaba los recursos necesarios y hacia simultáneamente esta reflexión: si no tuviéramos que gastar tanto dinero en orden público, se podrían satisfacer muchas de las aspiraciones que con tanta urgencia se nos presentan.

Por desgracia, estamos sometidos a gastar ingentes sumas para vigilar las regiones que los violentos amenazan, para impedir que asesinen a las gentes, que causen esas hecatombes sangrientas que han mancha-

do la historia nacional por tanto tiempo y que creíamos que por fin iban a acabarse ahogadas por la libertad, por la tolerancia y la justicia. No, bastan, sin embargo, la libertad, la tolerancia y la justicia, porque hay un propósito dirigido desde las ciudades y desde el exterior con fines inequívocos de perturbación y a esto tenemos que hacerle frente.

Pero, amigas y amigos, hacerle frente al problema no puede ser solo labor del gobierno. Quiero hacer un llamamiento al sentido de supervivencia de la sociedad colombiana, a la solidaridad de todas sus clases para que las gentes nos acompañen en el empeño de erradicar definitivamente la violencia y la subversión en el país. Vamos a reactivar la organización de la defensa civil. En los próximos días aparecerán disposiciones sobre este particular, lo mismo que otras enderezadas a ejercer una vigilancia sobre los estados antisociales y a controlarlos, porque necesitamos también librarnos de la delincuencia común.

Necesitamos la cooperación de todas las gentes y que tanto los campesinos como los habitantes de las ciudades entiendan que los estamos defendiendo; que el gobierno está defendiendo a una sociedad amenazada. La está defendiendo de males que serían irreparables si las maniobras criminales que hemos venido controlando llegaran a progresar. La sociedad tiene que prestarnos su colaboración, denunciando los delitos; dar a las autoridades luces, aviso oportuno sobre cualquier indicio que parezca sospechoso; y la autoridad obrará, como estamos obrando, con toda energía.

Vigencia de la legalidad marcial

Le quiero anunciar al país que, estando como estamos en estado de sitio, el gobierno va a aplicar en toda su extensión, como lo quiere la Constitución Nacional, la llamada legalidad marcial, propia del estado de guerra. Tomaremos medidas preventivas que no vamos a dejar sujetas a las argucias de los rábulas, a las maniobras de los que invocan la ley para violarla más fácilmente a los que quieren pedir para sí garantías con el objeto de atropellar a los demás e invocan la ley para poder delinquir impunemente.

Dentro del estado de sitio, del estado de beligerancia a que nos han llevado los conspiradores, nuestro deber es reducir a la impotencia a todo elemento esencialmente peligroso, cuyos antecedentes, cuya posición, cuyas actividades anteriores nos lo muestren como un posible colaborador en la perturbación de la tranquilidad pública, y así vamos a proceder. Serán reducidos a la impotencia los que están maquinando contra la paz de la nación.

No es lo que yo hubiera deseado tener que hacer desde el gobierno; quisiera poder dedicar todo mi tiem-

po a las labores constructivas de desarrollo económico y de cambio social; pero el deber de un gobernante, antes que todo, es conservar el orden y la tranquilidad del país, conservar la legalidad, salvar al Estado. Y bajo el actual gobierno no se permitirá que la seguridad del Estado siga siendo comprometida.

Quienes creen que pueden conspirar impunemente y difundir propaganda subversiva, hacer la apología del delito y prestar ayuda a las cuadrillas que asesinan en los campos, están equivocados; van a tener que pagar pena por su conducta y estarán sometidos a las medidas de control que sean necesarias y por el tiempo que sea indispensable para que se restablezcan plenamente la paz y la seguridad de la república. Pero no quiero detenerme más sobre este aspecto de las actividades impuestas al gobierno por las presentes circunstancias.

Gestiones internacionales

Tengo necesidad de dar cuenta a mis compatriotas, a ustedes amigas y amigos que me están escuchando, de otros problemas de la vida nacional que tienen mucha importancia. Ante todo, voy a referirme a las gestiones internacionales del país.

Hemos venido adelantando, y yo personalmente lo he hecho desde antes de tomar posesión de la presidencia, una política destinada a conseguir dos objetivos importantes: el acercamiento de los pueblos de América para una integración económica fecunda que pueda realizarse prontamente; y el reforzamiento de la Alianza para el Progreso que daría piso sólido al definitivo arranque hacia el desarrollo económico.

Hoy puedo decir a la nación que esa política internacional, que tuvo sus primeras manifestaciones en las giras que efectué desde antes de tomar posesión de la presidencia y luego en la reunión de Bogotá celebrada en la primera semana de mi gobierno, ha ido ganando terreno, ha ido perfeccionándose con éxito en distintas reuniones internacionales y que en la reciente Conferencia de Cancilleres en Buenos Aires tuvo alcances muy satisfactorios. No se tiene todavía por parte del público una visión clara sobre cómo hay que trabajar en el manejo de una política de esta clase. Ella no puede arrojar resultados fulminantes en un solo año.

La labor de convencimiento, de cooperación, de cambio de ideas, de búsqueda de identidad de propósitos entre las naciones latinoamericanas y también entre nuestros pueblos y los Estados Unidos de América, que naturalmente necesita del examen de problemas muy complejos, tal como quedaron expuestos en la Declaración de Bogotá, se ha traducido bastante bien (no digo que perfectamente ni de manera totalmente satisfactoria pero sí en un grado bastante apreciable), en el documento que acordaron los cancilleres durante la

reciente reunión de Buenos Aires y que va a servir de base para la redacción final que hoy comenzó a adelantarse para la declaración que habrán de formular los jefes de los Estados americanos en la reunión de Punta del Este que se celebrará a partir del 12 de abril. Para mí es profundamente satisfactorio decirle al país que la delegación colombiana jugó en la Conferencia de Buenos Aires un papel muy importante, no solo en los aspectos económicos que se discutieron durante la Conferencia, sino también en los puramente políticos y culturales. No quisimos, ni queremos, tener diferencias con los otros países del continente.

Es natural que en deliberaciones de esta naturaleza no siempre coincidan exactamente todos los puntos de vista y no siempre las aspiraciones de una determinada nación, la nuestra u otra, queden satisfechas en un ciento por ciento. La política colombiana es y continuará siendo, sin embargo, la de mantener un clima de armonía, la de buscar el mayor grado posible de entendimiento, sabiendo, como sabemos, que hay muchas cosas que solo se alcanzan con una labor perseverante, hay ideas que se siembran y que sólo mucho más tarde rinden fruto y esto es lo que hemos venido haciendo desde hace mucho tiempo.

He visto fructificar muchas que cuando se presentaron inicialmente fueron calificadas como utopías o como absurdos económicos. Sin embargo, después se han convertido en realidades. Recuerdo, por ejemplo, que algunos propusimos y sostuvimos en conferencias internacionales, hace más de 20 años, la del Banco Interamericano y la volvimos a sostener en Quitandinha hace 13 años, sin mayor éxito.

No obstante, hoy funciona el Banco Interamericano y así ha pasado con muchas ideas de colaboración económica. Por eso en materia de integración, en materia de acuerdos para llegar en definitiva a la creación de un mercado común, lo mismo que en lo referente a la Alianza para el Progreso y a las ideas que hemos venido sosteniendo sobre complementación continental, no nos desalienta el que no obtengamos desde el principio el ciento por ciento de lo que creemos conveniente presentar. Vamos avanzando, vamos sembrando ideas y esperando a que, con el tiempo, puedan abrirse camino en la conciencia de los pueblos.

Creo que varias de ellas que naturalmente no son todas originales nuestras, sino que se hallan compartidas por muchas personas en el continente, tanto en Latinoamérica como en los Estados Unidos, se van abriendo camino y tengo fundadas esperanzas en que la Conferencia de jefes de Estado marcará nuevos avances. Esta conferencia no puede ser estéril. Desde la Reunión de Bogotá los jefes de Estado que en ella participamos declaramos que esa Conferencia debía tener un hondo significado, tener una real importancia

para el conjunto del continente, y los trabajos preliminares nos muestran que, probablemente, la tendrá.

La Oposición y la Política Internacional

Hoy leí en "El Espectador" una carta del doctor Alfonso López Michelsen en la cual reclama la presencia de lo que él llama "la oposición" en el estudio de la política internacional del país y de paso hace apreciaciones sobre algunos aspectos. Apreciaciones equivocadas, quizá porque, como él mismo lo reconoce, no tiene una información completa. Sin reticencias declaró que el doctor López Michelsen tiene razón cuando desea que en el estudio y definición de la política internacional tome parte la oposición.

Es deber del gobierno buscar que eso ocurra así y es lo que corresponde a mis propias convicciones. Adelantar una política que sea compartida si no por la unanimidad de la nación, como sería lo deseable, al menos por la mayor parte de ella, y así se lo he dicho personalmente al doctor López Michelsen y a él mismo le he sugerido que yo vería con agrado que participará en el estudio de ciertos problemas internacionales y en general de la política internacional del país. Hemos examinado juntos muchas de las circunstancias que rodean, por ejemplo, nuestras relaciones económicas con los Estados Unidos, asuntos de carácter reservado que no tuve ningún inconveniente en confiar a su discreción y a su patriotismo. También le ofrecí algunos documentos para que pudiera estudiar más a fondo otros campos de la política internacional. La entrega correspondiente se ha demorado, quizá en parte por causa del doctor López y también por causa mía, y por circunstancias extrañas a los dos. Después de mis primeras conversaciones con el doctor López él se ausentó del país y duró ausente, si no estoy equivocado, por varias semanas y eso me impidió continuar el diálogo que había comenzado con él. que quiero adelantar también con otros sectores de la opinión pública, en el empeño de conseguir que la política internacional sea compartida hasta donde sea posible por toda la opinión colombiana.

Pero quizá lo que más ha influido para que no se haya mantenido un contacto constante con un representante tan distinguido de la oposición es simplemente la falta de su presencia en algún organismo donde esos problemas se puedan discutir metódicamente. Por eso le he propuesto que acepte se le elija miembro de la Junta Asesora de Relaciones Exteriores, como lo han sido muchos miembros de la oposición bajo gobiernos de distintas clases. Y antes de que se hicieran declaraciones políticas en materia internacional por los grupos de la oposición había yo hablado con la actual Dirección Liberal para que se propusiera el nombre del doctor López como reemplazo del doctor Turbay, quien se ausenta del país, en esa Junta Asesora.

Yo no había olvidado mi conversación con el doctor López, ni mi propósito de vincular a la oposición al estudio de la política internacional para que, ya sea que la comparta o no, podamos conocer en todo caso sus opiniones y estudiarlas sin prejuicios. Por otra parte, tengo el mayor interés en que la oposición conozca cómo se está manejando este campo de la actividad oficial.

Espero, pues, poder atender ese justo reclamo de uno de los sectores de la oposición, que, por lo demás, como el mismo doctor López lo ha recordado en su carta de hoy, está colaborando en el estudio de problemas importantes como la reforma constitucional en el actual Congreso. Y el doctor López sabe con cuán abierto espíritu se adelanta ese estudio con quienes no forman parte del gobierno.; no hemos cerrado los oídos a las insinuaciones que vienen de otros sectores políticos.

La reforma constitucional, como la política externa, debe ser lo más racional posible, debe reunir la mayor cantidad de opinión colombiana, el máximo asentimiento público. Por eso muchas sugerencias razonables y oportunas han sido acogidas por el gobierno, sin que nos inhiba un orgullo que sería irracional. No nos sentimos poseedores de la verdad; estamos dispuestos a recibir, para su examen imparcial, toda idea buena que se nos ofrezca y así espero poder seguir manteniendo con los grupos de la oposición en el Parlamento, por lo menos con algunos de ellos que, como el MRL, han venido mostrando su voluntad de estudiar sin prejuicios las propuestas del gobierno, cordiales relaciones. Aspiro a que no se desvíen del camino que han escogido, que es el de examinar, con ánimo patriótico, las propuestas gubernamentales sobre la reforma constitucional y sobre otras materias.

El Gobierno y el Inconformismo

Deseo referirme a otros aspectos de las relaciones entre el gobierno y el país. El país es impaciente, a veces un poco injusto, pero al gobierno no le molesta la impaciencia. Yo mismo he pedido que se nos urja sobre la solución de los problemas públicos, porque así se nos estimula y se impide que la maquinaria administrativa, que no siempre es muy ágil se paralice o trabaje perezosamente.

Quiero dar gracias a quienes me llaman la atención sobre los problemas públicos. Trato de estudiar con la mayor atención todos los reclamos. Los ministros del despacho saben que, desde la primera hora de la mañana, antes de que ellos abandonen sus domicilios, ya están recibiendo mis llamadas para rogarles que pongan atención a lo que publica la prensa, a los reclamos de las poblaciones que, a veces, se refieren a cosas minúsculas y en otras a problemas de mayor entidad. Pero no siempre se pueden resolver todas las cosas de manera inmediata.

El aeropuerto y el puente de Barranquilla

Por ejemplo, he notado que existe una gran impaciencia en el pueblo barranquillero acerca de los problemas de la transformación del aeropuerto para hacer posible el arribo de jets y por la construcción del puente sobre el río Magdalena. En el caso de la pista para jet no hay razón ninguna para que se dude de la buena voluntad con que la Empresa Colombiana de Aeródromos quiere realizar la obra, el pasado gobierno celebró un contrato.

Yo no quiero hacer cargos a nadie; pero la verdad es que ese contrato no se pudo cumplir como estaba pactado; la verdad es que resultaron fallas técnicas y que hubo que suspender los trabajos de construcción de la pista y que los contratistas manifestaron no poder seguir trabajando en las condiciones pactadas. Hay dinero destinado específicamente al aeropuerto y no se va a trasladar a ninguna otra obra. No hay tampoco ningún prejuicio en la ECA, originado en sentimientos regionalistas, que obstaculice la obra de Barranquilla.

Pero fue necesario que se evaluará el trabajo realizado por los antiguos contratistas, y eso toma naturalmente tiempo. Se ha buscado que ese contrato pueda traspasarse y, mientras se traspasa, lo que ocurrirá en el curso de muy pocos días, tan pronto como quede terminado el avalúo de los trabajos realizados, la ECA emprenderá directamente la continuación de los mismos mientras se puede hacer un nuevo contrato, si es que no se llega a la fórmula de realizar un traspaso directo del contrato anterior.

Es un caso en que se ha estado de malas. No es culpa del actual gobierno el que los trabajos realizados bajo unas especificaciones técnicas, que fueron trazadas antes de que comenzara la presente administración, resultarán defectuosos.

Hay también algunas dificultades para emprender la construcción del puente sobre el río Magdalena; pero yo les puedo garantizar a los barranquilleros que el puente se hará con la mayor rapidez posible. Uno de los propósitos de mi gobierno, que yo creo haber enunciado en anteriores oportunidades, es el de que la Gran Transversal del Caribe quede terminada en el curso de esta administración. Por eso se está trabajando tan intensamente en la construcción del trayecto entre Santa Marta y Riohacha y esos trabajos se van a intensificar

mucho en el curso del año. Por eso se está acelerando tanto la pavimentación de la carretera Cartagena - Barranquilla y se emprenderán trabajos en los otros sectores de la citada transversal.

De esta forma parte el puente que debe unir a Barranquilla con la margen derecha del río Magdalena y, naturalmente, ese puente se hará. Mientras tanto, el gobierno está adelantando muy activamente gestiones para poder contar con otro ferry que facilite el paso del río, ya que es claro que la construcción de un puente como el que se proyecta tomará varios años y no queremos someter a los barranquilleros a la incomodidad de tener un mal servicio de trasbordo en el río.

El señor ministro de Obras Públicas se ha venido ocupando de conseguir ese ferry y ojalá, yo así lo espero, podamos dar a los barranquilleros una buena noticia sobre este particular, como también con respecto al puente mismo, cuya construcción naturalmente requiere estudios preliminares sobre las vías de acceso y sobre el terreno en el cual van a levantarse los fundamentos. Los estudios que se habían hecho no son, en manera alguna, suficientes desde el punto de vista técnico para emprender una obra que debe realizarse para que perdure por mucho tiempo.

Hubiera querido referirme a otros problemas nacionales y dar algún detalle al país acerca de la laboriosa tarea que estamos adelantando para la expedición del estatuto de cambios y comercio exterior que esperamos hacer en el curso de esta misma semana. Se trata de un trabajo muy delicado, porque el estatuto regirá aspectos esenciales de la economía nacional, quizás por mucho tiempo. Pero tan pronto como él se expida tendré la oportunidad de volver a hablar con ustedes, amigos y amigos, y darle al respecto una explicación sencilla; decirles cuáles son los rasgos esenciales de ese conjunto de normas para cuya expedición el Congreso tuvo a bien conferirme facultades extraordinarias.

Seguiremos trabajando en la resolución de los grandes y permanentes problemas nacionales y también de los accidentales que han surgido en nuestro camino, provocados por la naturaleza o por la acción de los hombres. Pero, volvemos a pedir para esa tarea la cooperación nacional. Es todo el pueblo de Colombia y no solo el gobierno de Colombia quien tiene que salvar el futuro de la república.